LA GAVIOTA Autor: *EL BLANC* Categoría: ADULTO

Esa madrugada del 21 de diciembre volvía a casa contento y feliz. Tras haber ganado su partida de *truc* del campeonato de la Agrupación del Marítimo, la noche se había convertido en algo especial. Ahora, *El Negre*, hombre apuesto, elegante y de grave voz, venía a recoger a su hijo para salir a pescar.

Como los botes de aceite de coche nunca fallaban, la temporada del pulpo había concluido bien en noviembre. Aún quedaba para febrero cuando lanzarían *les polleres* para la sepia. Verían pues qué habían capturado para Nochebuena.

Levantó a su hijo a las 7 de la mañana. Entró sigilosamente en su habitación y dándole un beso en la mejilla a su mujer sin despertarla, salió en silencio.

Junto al coche, un 131 Supermirafiori de color ocre anaranjado, les esperaba ilusionado el noviete de su hija, que ya había salido con ellos otras veces. Completo el grupo, partieron camino de Alboraya por Maestro Valls, dejando atrás la palmera, hasta la avenida del Puerto, donde doblarían a mano derecha. Esa vía, que durante el franquismo había recibido el nombre oficial del doncel Luis Felipe García Sanchiz, marinero muerto a bordo del Baleares durante la Guerra Civil, les conduciría hasta Cardenal Benlloch donde girarían buscando la carretera de Barcelona. Llegaron a Port Saplaya y dejaron el coche junto al muelle.

Antes de subir a bordo, pasaron por el Micalet a tomar un café. Pedro le dio una moneda a su hijo Pedrín para echarla en la máquina tragaperras y le tocó. Como Foni estaba ansioso por embarcar, tras el frugal desayuno los llevó a la barca y retiraron las mantas que la protegían. Ya habría tiempo de almorzar a la vuelta.

La vieja bañera de tres metros y medio de eslora que le habían regalado unos pescadores retirados del Cabañal al comprarles las redes, no tenía nada que ver con la barca de vela en la que su padre le había enseñado. Tampoco era comparable a aquella que les había procurado tanto sustento a él y a sus compañeros. Aún así, la había nombrado *Amparito*, en recuerdo de aquella en la que aprendió, pues le valía exactamente para su propósito de enseñar a los dos chavales el oficio de la pesca.

Aquella *gelor de ponent* amenazaba temporal y mandaba salir a recoger las redes, seis buenas piezas de cincuenta metros, a unos doscientos metros de la costa. El día

estaba nublado y frío, muy frío, pero sin viento ni oleaje. Además, la bocana complicada por ser propensa a formar remolinos era una vieja conocida. Ningún problema para un marinero experto como Pedro que había salido a faenar con su padre y su hermano mayor desde su más temprana edad.

Sortearon con habilidad los peligros de la bocana y ya en mar abierto, la mar, calma, les invitaba a surcar sus aguas.

El día había empezado bien. Muy bien.

En el cielo una gaviota mecía sus alas al viento, buscando algún pez que saciara su temprano apetito, cuando con infinita mala suerte miró directamente a los ojos del irritable Neptuno, quien tomó como una muy grave afrenta aquella mirada.

Contrariado por el desaire producido por aquella insignificante alimaña que pretendía alimentarse de sus preciados peces, se propuso acabar con ella aquella misma mañana, y agitando su tridente, alzó las olas, formó tormenta, rayos y truenos dirigidos a abatir a su insignificante adversario que comenzó a batir sus alas desesperadamente.

La caprichosa Fortuna hizo que el dios de los vientos Aeolus, llamado Eolo en la antigua Grecia, sobrevolara en aquel instante Valencia y viera como el dios de los mares pretendiera apropiarse de una de sus criaturas del aire. Se lanzó raudo en su defensa. Las olas no llegaron a alcanzar a la pequeña gaviota, pues Eolo consiguió eludir su poder dirigiendo su vuelo a lo alto, haciéndola escapar así de su perseguidor.

Pero aquí no acabó esta batalla.

El gran Neptuno, uno de los dioses más poderosos del Olimpo, herido su orgullo, clamó venganza henchido de rabia con toda su ira contra ese maldito desgraciado, dios de segunda, que había tenido la osadía de negarle su presa.

Mientras tanto, ya cobradas las redes que habían calado el día anterior, Pedro veía como la mar, calma en principio, derivaba súbita e inexplicablemente en mar rizada. Ajeno al enojo de ambos dioses, observaba preocupado las olas que eran cada vez más y más grandes e intuyendo el súbito peligro, mientras viraba para buscar la seguridad del puerto, dio una clara voz:

- *Chiquets! A casa!*

En lo alto, Eolo, sabedor de su inferioridad, subía y subía para alejarse del odio desatado de Neptuno. Una cosa era rescatar a su gaviota y otra muy distinta quedarse a recibir la furia del hermano de Júpiter. Una de las veces cuando miraba atrás vigilante midiendo la distancia que les separaba, por el rabillo del ojo vio cómo una barca con un hombre y dos zagales luchaba por alcanzar la seguridad del puerto. Viendo que la barca se encontraba en la trayectoria que seguía Neptuno y como dios del viento y de los navegantes que era, no pudo menos que dar la vuelta y lanzarse en picado a socorrer a sus protegidos.

Pero ni las barcas ni los hombres vuelan.

Neptuno, que no había reparado en la barca todavía, al ver como Eolo descendía de repente, se percató de la pugna que se libraba en la superficie y vio clara su oportunidad. Cabalgando las olas a lomos de sus caballos blancos, aprovechó la debilidad que por los pescadores tenía su adversario, y arremetiendo con todo su odio contra la barca, alzó una gran ola dirigida contra el bote. Eolo hizo cuanto pudo, pero al final… sucumbió. Y la barquita con él.

Un golpe de tridente bastó para que Foni cayese al mar. Pedro se lanzó a por él. En el agua pugnaba por llegar al chico, que inconsciente por un golpe, se hundía y emergía al capricho de las olas. Finalmente, consiguió alcanzarlo y reunió todas sus fuerzas para encaramarlo a un trozo de madera. Él, exhausto, aún luchaba por amarrar al chaval a aquella tabla cuando sintió como las redes inexplicablemente le caían encima. La mar, su mar, tiraba de él. Hacia el fondo.

“María José, lo siento” fue su último pensamiento.

Neptuno, lejos de calmarse con la vida cobrada, quiso dejar claro su poder y humillar a su impotente adversario. Arremetió contra la barca desde donde el hijo buscaba en vano a su padre entre las olas. La hirió de muerte. La pobre barquita gimió quebrándose. En su agonía sintió la necesidad de arropo, y cogió entre sus tablas el pie de Pedrín que se hundió con ella preso por aquel letal abrazo.

Foni recobró el sentido de pronto. Joven, fuerte y buen nadador, viéndose privado de la seguridad de la barca, que no aparecía por ninguna parte, divisó entre las olas la cercana escollera y nadó. El dios del mar, que no había cejado en su empeño, acrecentó el empuje hacia el interior que el poniente da a las aguas. Con todo, el chico

le ganaba terreno a la mar poco a poco. A unos cincuenta metros escasos de la costa de la Patacona se sintió desfallecer. Intentó entonces librarse del peso muerto de la ropa empezando a quitarse el mono. El dios río irónicamente. Enganchó la manga suelta y tirando del muchacho lo arrastró por el fondo impidiéndole salir.

Aquella mañana quien pescó fue Neptuno. Las Parcas le dieron tres vidas humanas. Cuán alto precio a pagar por salvar a una gaviota.

Esa tarde, María José esperaba preocupada en el balcón. Miraba sin ver cómo aparcaba un camión en el descampado de Jerónimo de Monsoriu. El teléfono, mudo. Dieron las siete de la tarde y no pudo aguantar más. Bajó a la sidrería. Desencajada, solo pudo articular una palabra a modo de súplica: *"Pedro…"*.

El compañero de pesca de su marido y gran amigo de la familia no necesitó más. Salió inmediatamente hacia Port Saplaya donde debía encontrar el coche o la barca. Encontró el coche. Por la noche fueron a buscarlos en el chinchorrro de un compañero. Pedro siempre le había dicho que, en caso de tener problemas con temporal de poniente, echaría las redes para quedar anclado y que le buscase a unos cien metros de la costa. Dieron mil voces. No respondieron.

Pedrín fue encontrado por un buzo de la Guardia Civil a los quince días flotando inerte en el fondo, atrapado por la barca, con el dinero del premio de la máquina tragaperras en el bolsillo de su chaqueta. A los pocos días, Foni, con el mono lleno de arena cerca de la playa de la Patacona. Pedro apareció al mes en la *Pollença* de la costa mallorquina con su cuerpo marcado por las redes.

Aún hoy, en uno de los campeonatos más conocidos del Marítimo, la falla Maestro Valls homenajea a su amigo y fallero Pedro Ballester, campeón de *truc* de la Agrupación y de Junta Central Fallera, ahogado junto a su hijo y su yerno.

Valencia, inconsciente de la lucha de aquel aciago día, tiene un magnífico paseo junto al mar dedicado a Neptuno y, en cambio, relega a Eolo a una calle pequeña, más apartada, partida en dos y que pierde su curso, abatida, descabalgada, como si la diosa Fortuna hubiese querido recordar aquella barca que rota se hundió a ojos de la pequeña gaviota.